

BV 4275
M6



PREFACIO

ENTRE mis *Obras Pastorales y Oratorias*, que poco á poco he ido publicando en Méjico, y forman ya cinco tomos, las que han alcanzado mejor éxito son las ORACIONES FÚNEBRES, y son también las que ofrecen mayor interés bajo el punto de vista histórico. Lo tienen doble para España, pues en todas, ó casi todas, se pregonan las glorias de sus hijos, ó de sus descendientes de América. Esto me sugirió la idea de publicarlas en Madrid, en edición especial, y esto, más que el escaso mérito de las piezas, movió sin duda al egregio Secretario de la Real Academia Española á darles cabida en su *Colección de Escritores Castellanos*.

No se ha guardado, al darlas á luz, el orden cronológico, y la última oración del volumen es precisamente la primera que pronunció el autor antes de su elevación al episcopado. El

lugar preferente se reservó al elogio del Sumo Pontífice Pío IX, recitado en Tampico de Tamaulipas, cuya diócesi entonces gobernaba. Ocupa el segundo la *Laudatio Funeris* de todos los Obispos de la América Latina, dirigida á los Padres del Concilio Plenario de la misma, celebrado recientemente en Roma; y sólo después de los de otros Prelados vienen los elogios de los demás difuntos, que, aunque de alta categoría, no tuvieron el carácter sacerdotal.

El favor que han dispensado los eruditos á la mayor parte de las piezas oratorias ahora reimpresas, no sólo en Méjico, sino en España y en Italia, disipa mis temores, al presentarlas una vez más al público reunidas en un solo volumen. Con todo, para que su alta autoridad me sirva de salvaguardia, y como muestra de gratitud por haberme admitido en su seno, me atrevo á dedicar esta edición á la Real Academia de la Historia.

Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, Octubre de 1896.



ELOGIO FÚNEBRE

DE SU SANTIDAD EL PAPA PÍO IX,
PRONUNCIADO EN TAMPICO, EL 8 DE MARZO
DE 1878.

Erit enim magnus.
Ha de ser grande.
Luc., 1, 15.

YA no hay duda, hijos míos. Por más que pongamos en cuestión la autenticidad de la triste noticia; por más que desconfiemos de la veracidad del alambre telegráfico; por habituados que estemos á ver desmentidas mañana las nuevas que hoy se nos transmiten de allende los mares, nuestra desgracia es cierta, nuestro luto seguro, nuestra orfandad inevitable. Pío IX ha muerto. La cabeza de la Iglesia á que pertenecemos, nuestro Padre y favorecedor especial ha desaparecido para siempre. Esa figura gigantesca, que por tantos años nos habíamos acostumbrado á mirar sobre el solio de San Pedro, ya no nos sostendrá con sus palabras, ya no nos estimulará con su ejemplo, ya no nos animará con su

fortaleza. El Pontífice augusto que erigió nuestra diócesis de Tamaulipas, que os proveyó de Pastor y consagró á vuestro primer Prelado, ha pagado á la naturaleza el imprescindible tributo.

Menos hieren las flechas, cuando las vemos venir con tiempo sobre nosotros, dice San Gregorio, *minus jacula feriunt quae praevidentur*; pero hay desdichas que mientras más previstas más abruman; mientras más temidas más afligen; mientras más diferidas más anonadan. Tal sucede, hijos míos, con el golpe que la Providencia divina acaba de mandarnos. Hace largos años que la muerte de Pío IX era el tema ordinario de las conversaciones entre amigos y enemigos; cada bendición temíamos fuese la última, cada palabra la postrera, cada vez que besábamos su planta creíamos no volver á gozar de igual felicidad. Y sin embargo, Pío IX vivía, Pío IX reinaba. Pío IX, con su vida milagrosamente prolongada, burlaba las infandas esperanzas de los enemigos de la Iglesia. Pero ya llegó también para el Vicario de Cristo la hora que, presto ó tarde, tiene que sonar para todo mortal, y de que no quiso eximirse ni el Hijo de Dios. Lloremos, católicos, sobre esa tumba gloriosa. Depositemos nuestras flores en el sepulcro de ese hombre verdaderamente grande: grande como rey, grande como Pontífice, grande como

santo. Si ha habido alguno de los descendientes de Adán á quien pueda con justicia llamarse, como la Escritura apellida al Bautista, grande por excelencia, *erit enim magnus*, este hombre es sin duda el glorioso Pontífice que acaba de desaparecer. Cualquiera otro elogio sería rebajarlo; cualesquiera otras palabras nada añadirían á su gloria; por más que hojease los filósofos antiguos y los Padres de la Iglesia; por más que buscarse textos en las Sagradas Escrituras, nada podría hallar que os diera más cabal idea de su grandeza.

Grande fué Pío IX antes de la exaltación al sacerdocio, grande cuando recibió la imposición de las manos. Grande se mostró bajo la mitra episcopal y grande con la púrpura cardenalicia. Grande fué al aceptar la triple diadema del Supremo Pontificado, grande entre las aclamaciones del pueblo y entre la mofa de los ingratos que tan mal pagaron sus beneficios. Grande fué perdonando, y grande sosteniendo los derechos de la Iglesia. Grande fué al añadir una nueva corona á la Madre de Dios, y grande al definir en pleno Concilio las prerrogativas pontificias. Grande lo contemplamos en sus triunfos y progresos, grande en su bien conducida retirada, en su gloriosa derrota, en su larga prisión. Grande fué en su vida, grande en su muerte; grande es, sin duda, en el trono de gloria á que el Señor lo ha

conducido. Pueblos de la tierra, generaciones todas, rodead esa tumba, y decid si habéis contemplado jamás tanta grandeza.

Yo, señores, deslumbrado con tanto brillo, embargada mi mente con la pena, sobrecogido de temor ante un espectáculo nuevo en mi vida, el dolor, el estupor, la admiración anudan mi lengua, y no puedo más que repetir maquinalmente las palabras del Eclesiástico: *Ved ahí, ved ahí al sacerdote grande*. Católicos ó heterodoxos, cristianos ó infieles, adictos al Pontificado ó enemigos de la Iglesia de Cristo, mirad ahí al varón intachable, amigo de Dios y de los hombres, que fué agradable á Jehová en los largos días que peregrinó sobre la tierra. Mirad, mirad al sacerdote insigne en quien nadie pudo hallar jamás la menor mancha; que á los ojos del Señor fué justo, y á los del mundo santo y glorioso. Ved, ved ahí al sacerdote grande: *ecce sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo et inventus est justus*.

En verdad, señores, que no voy á tejer su elogio, ni á trazar la historia de su pontificado. Si tal fuera mi misión, preferiría guardar silencio por ahora, y esperar á que de otras comarcas lleguen las elocuentes palabras que ilustres varones pronunciarán en loor de Pío IX, para repetíros las después como eco humilde.

Pero el primer Pastor de Tamaulipas tiene

una deuda muy especial hacia el Pontífice que acaba de exhalar el último suspiro. Como católico, he venido en medio de mi pueblo á deshojar flores sobre su tumba y á ofrecer por su alma bendita el incienso de mis tibias oraciones. Como Obispo, os he convocado á asistir al solemne sacrificio en que mis manos han inmolado, en honra y sufragio suyo, al Cordero inmaculado. Pero como consagrado por sus augustas manos, como favorecido por Pío IX, algo más le debo, y sería un ingrato si en este día tristísimo me contentase con tributarle un homenaje ordinario. En su regia antecámara, en su ejército, en su dorado calabozo, de cerca lo vi, de cerca lo traté, y me colmó de beneficios su soberana munificencia. A mi Jefe, pues, á mi Soberano, mi Amo, mi Bienhechor y mi Padre, os convido á llorar y admirar. Quédese para otros el compilar la crónica de su larguísimo reinado, el escribir la historia del Concilio por él convocado, el enumerar los Concordatos hechos por su orden, los monumentos debidos á su regia liberalidad, los establecimientos por él fundados. A otros toca hacer resaltar la sabiduría de su política, la prudencia de sus concesiones, la oportunidad de su resistencia; otros, en fin, santos como él, podrán (permitidme esta reminiscencia de Santo Tomás) podrán encarecer las virtudes del Santo que ha sido trasladado á

los cielos. Mi tarea es más humilde, más fácil, más sencilla. Se reduce á dejar al corazón llagado exhalar libremente sus gemidos, y á recordaros, á más de algunas fechas importantes, unos cuantos sucesos de los más prominentes, presenciados no pocos por quien hoy os invita á mezclar vuestro llanto con sus lágrimas de gratitud.

I

Era la primavera de 1792. Las brisas del Adriático mecían en la pintoresca Sinigaglia la noble cuna de un infante, que al mismo tiempo que las rosas de Mayo, alegraba la ya fecunda unión de Jerónimo Mastai y su esposa Catarina Solazzi. Oriunda de Lombardía, hacía tiempo que la ilustre familia se hallaba establecida en los Estados Pontificios, y más de un siglo que el título de Conde se había conferido á sus primogénitos por el Duque reinante de Parma y Plasencia. El apellido Ferretti se había añadido al de Mastai en consecuencia de una alianza con una rica heredera de este nombre, y en el escudo de armas de Pío IX nos hemos acostumbrado á ver unidos al león del segundo, las barras correspondientes al primero.

Aquel niño, destinado á una vida casi tan larga como la del Apóstol predilecto de Jesús, á llevar cual éste, sin morir, la corona del mártir, y á cuidar como él de la honra de la Virgen Santísima; aquel niño, de quien ya desde entonces podía decirse como del Bautista: este pequeñuelo será grande delante del Señor, porque la mano de Dios está con él, *hic puer magnus coram Domino, nam et manus ejus cum ipso est*; aquel niño tres veces privilegiado, al recibir en la sagrada fuente, juntamente con el nombre de María, el del Precursor y el del Evangelista, fué puesto bajo el amparo de tan esclarecidos protectores. El nombre del glorioso Príncipe del Colegio Apostólico á quien estaba destinado á suceder un día, y el del santo agricultor español, le fueron añadidos por su piadoso tío y padrino el canónigo Mastai, quien al regenerarlo en las aguas del bautismo el día siguiente á su nacimiento, lo llamó JUAN MARÍA, JUAN BAUTISTA, PEDRO, ISIDRO.

Apenas nacido, resonaron en la vecina Francia aquellos gritos báquicos que inauguraban una era de sangre y de horrores, de trastornos radicales y cambio total en principios, en ideas, en la vida social, religiosa y política del orbe entero. No era aquél el siglo de la electricidad ni del vapor; pero en alas de la fama llegaron las infaustas noticias á perturbar la paz de los

apartados moradores de las riberas del Adriático. ¿Penetraron las nuevas ideas en la familia Mastai-Ferretti, como más tarde se le echó en cara, ó fueron por ella miradas con horror y rechazadas de su seno? Los hechos, señores, hablan más alto que las conjeturas, y sabemos que el padre del futuro Pontífice, *gonfalonero* de su ciudad natal, en tiempo de la ocupación francesa se mantuvo fiel á su soberano; y aunque templada con aquella suave prudencia y contemporización que legó en herencia á su augusta prole, desplegó gran firmeza ante el invasor. Sabemos que uno de los hermanos del Conde padeció dura prisión por haberse rehusado á reconocer la autoridad del jefe francés, y que toda la familia Mastai sufrió grandes vicisitudes á consecuencia de su patriotismo y lealtad. Vemos igualmente al niño Juan Mastai, en aquella época de entusiasmo marcial y de furor revolucionario, enviado á la temprana edad de once años, no á un colegio militar ni á una escuela náutica, sino al seminario eclesiástico dirigido en Volterra por los religiosos que fundara San José de Calasanz.

Pero en vano te afanas, tierno niño, en seguir una senda por que Dios no parece llamarte. Esos violentos ataques epilépticos, que empiezan á afligirte á la edad de diez y seis años, te hacen inútil para el sacerdocio. Es verdad que un año después te confiere la ton-

sura el venerable Prelado de Volterra, monseñor Incontri; pero es debido á su amistad con tu piadosa madre, y las sagradas órdenes te serán negadas por él y por todos. Marcha, marcha á Roma, á proseguir tus estudios eclesiásticos; todo será en vano, allí recibirás nuevas pruebas de que no te llama el Señor al santuario.

En efecto, señores, en 1810 invadieron los franceses á Roma, y el enfermizo abate Mastai se vió obligado á volver al seno de su familia, y á abandonar carrera y estudios. En breve tiempo todo cambió en Europa y en la Península italiana, y el joven tonsurado recibió solemne intimación de presentarse, no ante su Obispo á recibir las órdenes, sino ante el Virrey de Italia, á formar parte de su guardia de honor. ¡Bendita epilepsia! Ésta impidió al seminarista desenvainar la espada, y preservó á la Iglesia un gran Pontífice. La Providencia abatió al coloso, restableció en su trono al Vicario de Cristo, y en 1814 el joven Mastai presenciaba en Roma la entrada triunfal del augusto Pío VII, de vuelta de su inicuo cautiverio. Los nombres del abate Graziosi, del canónigo Storace, de monseñor Caprano, quedarán consignados en la historia, más todavía que por su saber como teólogos y jurisconsultos, por haber formado como profesores y amigos al futuro Jefe de la cristiandad. El venerable

siervo de Dios, Vicente María Strambi, Obispo de Macerata, contará entre sus méritos el haber guiado los primeros pasos del que fué más tarde Pío IX, por la senda del evangelista y del misionero. Los habitantes de la provincia de Sinigaglia conservaron por mucho tiempo la memoria del celo, sencilla elocuencia y fervor apostólico del menorista Mastai, que acompañó á aquel Prelado en sus tareas, en las misiones que á tantos convirtieron, hacia mediados de 1818. Contaba ya veintiséis años, y su salud algún tanto mejorada le permitió recibir el subdiaconado en Diciembre de 1818, y en Marzo de 1819 el orden jerárquico del diaconado.

Veis, señores, que desde la aurora de su vida se consagró voluntariamente al Señor; que no hay en la historia de su juventud ni descarríos ni devaneos, que desde muy temprano dió su nombre á la milicia de Cristo de buena voluntad y aun antes que sus tiernas manos pudiesen sostener el sable que jamás empuñó. Veis que desde su infancia se acostumbró á los combates y á las luchas, y en tan dura escuela fué adquiriendo su alma ese temple de acero, de que dió muestras hasta sus últimos instantes. No todos quizá comprenderéis cuánta constancia, cuánta fortaleza, cuánta grandeza se necesitan para continuar una carrera literaria cuando todo nos induce á cortarla; para obsti-

narse en penetrar en el santuario cuando los hombres, y á veces aun Dios mismo, parecen repelernos; para escuchar la voz del Señor que interiormente nos señala un camino, y exteriormente parece indicarnos otro totalmente contrario. Cuando la salud falta sobre todo, cuando el cuerpo está débil, si el alma no es muy grande, ella también se doblega, y se rinde. El joven Mastai-Ferretti triunfó con su constancia de todos los obstáculos, y vencedor aun de la terrible epilepsia, fué por fin ordenado sacerdote el Sábado de Gloria de 1819, por monseñor Caprano, Arzobispo de Icomio, en la capilla de la habitación que el Prelado ocupaba en Roma, en el espléndido palacio de los Dorias.

II

Hay en Roma una iglesia que no figura, por cierto, en primera línea entre las trecientas que se elevan en la Ciudad Santa. Ni todos los viajeros la visitan, ni se halla su descripción en todas las guías de forasteros: está dedicada á la Madre de la Virgen Santísima y se designa con el nombre de *Santa Ana de los Carpinteros*. Este pequeño templo, célebre hoy en el orbe entero, se hallaba decorado suntuosamente el día de Pascua de 1819. Por

primera vez el abate Mastai, recién ordenado presbítero, celebraba el santo sacrificio: había obtenido, al recibir las últimas órdenes, las licencias necesarias para ejercer el santo ministerio, aunque á condición de ser siempre asistido de otro sacerdote, por temor de nuevos ataques epilépticos.

Los niños del vecino hospicio formaban devota corona en derredor del nuevo presbítero, de cuyos labios estaban acostumbrados á oír continuas pláticas espirituales. La compañía de estos desvalidos era su delicia, aun antes de su ascenso al sacerdocio, y nombrado director del establecimiento por el papa Pío VII, dejó allí indeleble memoria de su caridad y de su celo, de su dulzura y de su firmeza, de sus virtudes y santidad.

Parece que Roma, tan abundante en eclesiásticos y en religiosos, en institutos de piedad y en prácticas devotas, presentará un campo bien estrecho para el sacerdote sin cura de almas que quiera ejercitar su celo apostólico. Y no es así, señores. Un jardín, mientras más cultivado, mayor necesidad tiene del cuidado del jardinero. Las florecillas que en medio de un inculto campo no llaman la atención si crecen con poca simetría, ó tienen sus pétalos algún tanto manchados, en el pensil de noble quinta nos parecen defectuosas si el viento las doblega, si el polvo empaña el brillo de sus

hojas. Así es que de continuo las observamos, y aun sin tener encargo especial, nos acercamos á regarlas, á enderezarlas, á limpiarlas. Así acaece en la Ciudad Eterna con las flores de piedad y de religión, y el celo del sacerdote Mastai-Ferreti, nombrado casi al tiempo de su ordenación canónico de la basilica menor de Santa María *in Via Lata*, encontró donde ejercitarse, y no permaneció, por cierto, inútil.

Presto fué llamado á mayores tareas. Escuchad, señores, que esta parte de su vida muy directamente nos toca.

Era el año de 1823. Las inmensas posesiones de España en este lado del Atlántico, después de luchas más ó menos largas y sangrientas, se habían emancipado de la antigua metrópoli. Una multitud de Repúblicas habían nacido en la América del Sud, que, formadas por manos inexpertas, gobernadas por hombres no acostumbrados al mando, resentidas de los trastornos sufridos, y que ¡ay! tenían que continuar por largos años, constituían entidades de carácter confuso, indeterminado, indistinto, en lo social, en lo político, en lo religioso. Ni reconocía su independencia la madre patria, ni tenía modo de sujetarlas. Ni rompían ellas del todo con las antiguas tradiciones, ni adoptaban en su totalidad un nuevo sistema. Se jactaban de ser católicas antes que todo, y, sin embargo, reducían á la práctica teorías di-

solventes poco en armonía con los principios de la Iglesia. La mayor parte de las diócesis estaban vacantes; la disciplina del clero mucho había sufrido en las recientes guerras; el pueblo se iba resintiendo cada día más de la falta de pastores. Por otra parte, los nuevos gobernantes, al par que negaban todo derecho divino y clamaban contra las prerrogativas de los reyes, se arrogaban los antiguos derechos de los monarcas españoles y pretendían ejercer en el santuario una influencia indebida.

Era indispensable atender á esta parte tan numerosa cuanto lejana del rebaño universal confiado á Pedro; y si bien los vínculos diplomáticos que ligaban al Soberano temporal de Roma con el Rey de España impedían al primero tener relaciones oficiales con los que el segundo consideraba Estados rebeldes, el Soberano espiritual del universo no podía prescindir del deber y derecho de apacentar á todas sus ovejas. A tratar, pues, si posible fuese, con los gobiernos que, aunque republicanos, se pregonaban católicos en el Sud del Continente americano; á atender, de cualquier modo que fuese, á aquella porción de la grey, poniéndose en contacto con el pueblo, si no se podía con los gobernantes, envió el Papa Pío VII, como delegado suyo, á monseñor Muzi, y en calidad de auditor le acompañó el canónigo

JUAN MASTAI-FERRETTI.

No era entonces una travesía del Océano lo que es en esta época de adelantos materiales: un viaje de recreo, de corta duración y comparativa seguridad. Era preciso cruzar la inmensidad de los mares en frágiles carabelas, atendidas al soplo siempre incierto de mudables vientos, expuestas, no sólo á las borrascas, sino á los asaltos de piratas, que, ya descaradamente, ya cubiertos con pabellón de beligerantes, surcaban las aguas en todas direcciones en busca de botín. A todos estos riesgos, y á otras mil aventuras, se vió expuesta y sujeta la Delegación pontificia, que, habiéndose hecho á la vela del puerto de Génova en el tempestuoso Octubre de 1823, arribó á principios de Enero del año subsiguiente á la remota Montevideo.

Casi contaba ya treinta y dos años el auditor Mastai: ¿cómo es que siendo de noble alcurnia, de relevantes prendas y conocido del Pontífice, no le vemos figurar á la cabeza de esa misma misión ú otra parecida? ¿Cómo acepta y se contenta con un puesto, honroso, sí, pero subalterno, y que quizás otro de su linaje y carrera habría desdeñado? ¡Ah, señores! Bendigamos á la Providencia los que respiramos el aire de la América española. Si adornado de la mitra episcopal, y teniendo que guardar toda la reserva y etiqueta de Delegado apostólico, hubiera visitado Pío IX nuestro Continente, de poco le habría servido su largo

viaje para el gobierno de la Iglesia. Pero en la posición en que vino estuvo en íntimo contacto con el clero y el pueblo, con los personajes más distinguidos y con los más humildes igualmente. En su larga residencia en Santiago de Chile, en los meses que permaneció en Montevideo y en Buenos Aires, durante las penosas y largas jornadas á través de las Pampas, aún más desiertas que ahora, y de la cordillera de los Andes, que sólo cortaban entonces senderos poco practicables, aprendió perfectamente nuestro idioma castellano; conoció á fondo nuestras costumbres hispano-americanas; estudió nuestro porvenir. Así es que, aunque el objeto especial de la misión que mandara Pío VII no se cumpliera, merced á la extrañeza del Gobierno de Chile, el oculto designio de la Providencia al enviar hasta la remotísima Patagonia á quien destinaba para gobernar la Iglesia universal, tuvo su pleno cumplimiento. Testigos somos, señores, los que hemos experimentado el tacto especialísimo del Pontífice que lamentamos en el régimen de la Iglesia americana.

Quien ha visto al primer Enviado de la Santa Sede á nuestra Méjico salir desterrado por uno de nuestros muchos Gobiernos; quien ha visto al Nuncio que posteriormente arribó á nuestras playas, vilipendiado por el mismo Emperador que con urgencia lo llamara; quien

sabe que igual suerte ha cabido en Colombia y alguna otra República á internuncios y delegados; quien ha visto desgarrados los concordatos del Ecuador y Guatemala, y ha oído lamentarse, en tiempos no lejanos, á muchos de los que han venido al Nuevo Mundo con misiones del Supremo Jerarca, no extrañará, por cierto, que monseñor Muzi, con su auditor, se embarcaran de nuevo en Montevideo en Febrero de 1825, y que, al llegar á Roma el mes de Junio, rindieran al nuevo Pontífice León XII cuentas poco lisonjeras de las recién formadas Repúblicas.

Admitido en la prelatura romana monseñor Mastai-Ferreti, se le confía la dirección del grande Hospicio de San Miguel, y allí, quizá en medio de tantos jóvenes destinados á ser artistas, se perfeccionó su gusto por las Bellas Artes, de que nos ha dejado huellas indelebles en los monumentos erigidos durante su reinado; gusto, por otra parte, innato en Pío IX, como en todo el que abre los ojos bajo el bello cielo de Italia.

III

Era ya tiempo que se abriese un campo más vasto á aquel cuyo teatro habían de ser el universo y la Historia. En Febrero de 1827 la

ciudad de Spoleto quedó viuda de su Pastor, el distinguido monseñor Mario Ancajani, y en el Consistorio de Mayo del mismo año, monseñor Mastai-Ferretti fué preconizado Arzobispo de la ilustre ciudad.

¿Quién no conoce en Roma la basilica de San Pedro *in Vinculis*? Edificada por la emperatriz Eudoxia para guardar unas cadenas que, como dice un escritor contemporáneo, «simbolizan, con ser cadenas de hierro, la verdadera libertad del mundo», el artista contempla extasiado bajo sus bóvedas la obra maestra de la escultura cristiana, el Moisés de Miguel-Ángel; el católico adora los hierros que en Jerusalén primero, y después en la prisión Mamertina, sujetaron al apóstol San Pedro, y que un milagro unió en la forma que aun hoy día sorprende al viajero. Bajo sus bóvedas fué electo Pontífice el grande Hildebrando, aquel Gregorio VII que, víctima de la tiranía, acabó sus días en destierro glorioso. En ese recinto resonó la voz de San León Magno, el vencedor de Atila; ese pavimento sostiene el mausoleo (aunque vacío) del valeroso Julio II, que al frente de su ejército defendió los derechos sagrados y el territorio de la Iglesia romana. ¿Fué coincidencia, fué presentimiento, fué augurio? Aquel que debía morir en prisión como Pedro, que había de gemir en destierro como Hildebrando, que es-

taba destinado á ver á un Atila, ¡ay! no sólo acercarse sino derribar los muros de Roma, y por último que, aunque sin vestir la coraza como Julio, tendría como él que levantar un ejército y enviarlo al combate; aquel sacerdote á quien tantas vicisitudes reservaba la suerte, en los ámbitos de la basilica Eudoxiana recibió de manos del cardenal Castiglioni, que después fué Pío VIII, la consagración episcopal.

Permitid, señores, que no me detenga á narraros las piadosas obras y fundaciones de monseñor Mastai en Spoleto, ni en Imola, á cuya sede más tarde fué trasladado. El establecer hospicios, llevar hermanas de San Vicente á los hospitales y monjas del Buen Pastor á las casas de arrepentidas; el ocuparse constantemente en la predicación y en la visita de la diócesi; el dirigir en persona los retiros espirituales del clero; corregir con mano firme los abusos y reformar la disciplina; el llevar, en suma, la vida irreprochable y santa, que á su discípulo ordenaba el Apóstol, formarían por sí solos el panegírico de cualquier Prelado; y no son, sin embargo, el punto culminante de la vida episcopal de Pío IX.

La Península itálica, y en especial los Estados Pontificios, se hallaban en una efervescencia terrible; las sociedades secretas se agitaban sordamente, y la tempestad estaba pró-

xima á estallar. En todas partes se hacía necesaria una vigilancia sin tregua y una severidad que rayaba en rigor. En todas partes se excluía de la sociedad á los poco adictos al Gobierno legítimo, y los que abrigaban ideas avanzadas se guardaban bien de mostrarse en los palacios de los Gobernadores y Prelados. Sólo bajo el techo del Arzobispo de Spoleto hallaban todos abrigo y amistosa acogida. Allí estaban seguros de persecuciones y atropellos; allí, por último, se salvaron de la muerte, merced al hospitalario Prelado, muchos de los conspiradores de 1830, y entre otros, señores, ¿recordáis?, aquel que en el trono de Francia fué después perseguidor de Pío IX y se llamó Napoleón III.

¿Arguyen esta benevolencia y mansedumbre ideas liberales en quien tan generoso se muestra? ¿Desdecía esta conducta en un Prelado de la Iglesia? ¿Tenían razón los que disuadían á Gregorio XVI de conferirle el capelo cardinalicio, repitiéndole que en casa de Mastai hasta las paredes respiraban liberalismo? Permitted, señores, que para una respuesta tan ardua, llame en mi auxilio á San Gregorio Magno.

«Hay muchos males, dice, que tiene que tolerar el Obispo, aun cuando los ve claramente, aun cuando los conozca, aun cuando los palpe, porque si no es el tiempo oportuno,

ni se presenta una ocasión favorable, ¿de qué le sirve intentar una corrección imposible y aun perniciosa? *Nonnulla autem vel aperte cognita mature tolleranda sunt, cum videlicet rerum minime opportunitas congruit, ut aperte corrigantur.* ¡Pobre inexperto médico! ¿De qué te servirá querer cerrar esa llaga, cuya profundidad aún no has sondeado, cuyos bordes están inflamados y no se prestan á una inmediata curación? No tienes medicinas á propósito, tus instrumentos están enmohecidos, la enfermedad aún no hace crisis: triste de ti si por excesiva ansiedad festinas la inoportuna curación. A un alivio aparente y momentáneo sobrevendrá una gravedad repentina, y se apresurará la muerte que quizás podremos dilatar. *Nam secta immature vulnera deterius infervescunt, et nisi cum tempore medicamenta conveniant, constat procul dubio, quod medendi officium amittant.* No imites, oh Prelado, la imprudente conducta del novel cirujano. Mientras llega el tiempo de corregir á tus súbditos, súfrellos con paciencia, trátalos con benignidad, toma sobre ti mismo las culpas que no pueden evitar, y preséntate cargado con ellas, como víctima expiatoria al Padre de las misericordias. Así el rey David, Pastor de pueblos, se queja de que los pecadores han fabricado sobre sus agobiadas espaldas ponderoso edificio de abrumadora iniquidad. No parece sino que